

La Soledad

El amanecer de aquel día fue diferente, aunque yo pensé que era normal. Me asomé a la ventana, siempre tenía la misma vista. Mi jardín, la casa de enfrente y el mar al fondo. Como de costumbre, bajé a desayunar. Supuestamente mis padres deberían haber estado en la cocina, pero aquella vez no estaban. A los pocos segundos reparé en que mi casa estaba vacía, de modo que decidí ir a dar una vuelta. Sin embargo, tampoco había nadie en la calle, ni una sola persona, ni un solo vehículo circulando por la carretera. Pensé que era por la hora, era más bien temprano, y estábamos en fin de semana. La gente suele dormir hasta tarde. Decidí no preocuparme y empecé a caminar, intentando disfrutar de ese silencio que no tenía todos los días. Pero como cada instante de paz que intentaba tener, fue corrompido por pensamientos intrusos. Sin quererlo, recordé la pelea que tuve con mis padres el día anterior. Ahora que lo pensaba no recordaba el motivo exacto de la discusión. Últimamente eran tan habituales que solían darse por cualquier cosa. Sabía que iba a llegar un momento en el que iba a cansarme del todo. Cada vez era todo más insoportable. Haz esto, haz lo otro, por qué has hecho esto, lo has hecho mal, no sabes hacer nada bien, ¿pero qué te pasa? ¿Qué me pasaba? ¿Y si el problema era yo? Era lo que me daban a entender todo el tiempo. Eres un inútil, no sirves para nada. Deberías hacer más caso. Los chicos cómo tú no acaban bien...

Era un continuo machaque y yo ya estaba harto. Por eso el día anterior les dije algo de lo más horrible. Tuvimos una bronca espantosa en la que hubo gritos y amenazas. Les grité que me dejaran en paz, que no los quería volver a ver nunca más. Ni a ellos, ni a nadie más. Entonces un crudo pensamiento cruzó mi mente. En ese momento estaba solo, solo en mi barrio. No podía ser, ¿cómo iba a desaparecer todo el mundo así como así? Comencé a correr, tratando de encontrar a alguien en medio de ese silencio tan abrumador. Recorrí varias manzanas y seguí sin ver a nadie. Eso ya se pasaba de extraño. No era normal el hecho de no ver a nadie en tanto espacio. Ahí fue cuando empecé a pensar que quizás todo eso tenía que ver con mi conducta, con la discusión con mis padres el día anterior y el haberles gritado que quería quedarme solo en el mundo. ¿Se había cumplido? No, no podía

ser. Empecé a pensar explicaciones racionales sobre lo que podía pasar. ¿Una casualidad? Demasiado imposible. ¿Una broma? Demasiado difícil. No se me ocurría ninguna justificación. En ese instante fue cuando empecé a agobiarme de verdad. Lo estaba pasando realmente mal, y pensé que si pudiera volver atrás, retiraría todo lo que había dicho. No quería estar solo, era una sensación muy desagradable. Hasta que no lo había vivido, no había sentido en realidad lo que era. En medio de mi desesperación, lo pensé todo mejor, y de repente deseé no haberles dicho eso a mis padres. Ahora quería pedirles perdón, pero no sabía dónde estaban. Me arrepentí de todo lo que había hecho, quería verles y decirles que lo sentía mucho. Me daban igual todos los motivos por lo que me enfadaba con ellos, en ese momento solo quería verles. Necesitaba verlos, saber que estaban bien. Pasé por la puerta de mi colegio, que estaba desierto. Luego por un parque al que solía ir de vez en cuando, que también se hallaba vacío. No me cruzaba ni a una sola persona, ni a un solo coche, ni había un solo ruido de tráfico ni de pájaros cantando. Era increíble, pero cierto. Me había quedado solo en el mundo. Y yo había decidido que no podía soportarlo. Entonces empecé a correr de nuevo, esta vez en otra dirección. Fue cuestión de minutos llegar a una playa completamente desocupada. El mar estaba en calma y las suaves olas engullían la orilla con delicadeza. El sol se mantenía potente detrás del horizonte, irradiando y redimiendo a un barrio exánime que solía estar lleno de vida, donde había pasado toda mi vida. Alcé la cabeza y encaré al sol, como si fuera el único que pudiera escucharme.

—¡No puedo aguantar más! ¿Hay alguien?

Todo siguió igual, el silencio absoluto solo acentuado por el eco de mis gritos.

—¿¡Hola!?! ¿Hay alguien, por favor?

Se siguió sin escuchar nada, y yo ya no podía aguantar más. Estaba desesperado. A continuación, me arrodillé y comencé a llorar.

—No puedo... no puedo. Lo siento muchísimo papá, lo siento muchísimo mamá, no debería haberos gritado. Tampoco debería haber deseado estar solo, necesito estar con alguien... esto es horrible.

De repente, sentí como si el sol se acercara hacia mí lentamente. Una luz se alzó ante mi rostro, cegándome completamente. Abrí los ojos y me encontré en mi cama. Bajé rápidamente de ella y corrí escaleras abajo, hacia la cocina. Allí estaban mi madre y mi padre haciendo el desayuno. Sin mediar palabra, lo primero que hice fue abrazarlos bien fuerte a los dos. Ellos me preguntaron extrañados que qué me pasaba, pero yo no podía contestar, estaba demasiado emocionado. Todo había sido un sueño, y yo me alegraba de que así fuera en lo más profundo de mí. Lo había pasado fatal en ese sueño, pero había aprendido una valiosa lección: Nunca desees estar solo, y menos sin tus padres, porque ellos realmente te quieren y si te regañan es porque se preocupan por ti.

—¿Por qué me cuentas esto, papá?

—Porque no quiero que te enfades con nosotros por cualquier tontería y que cometas los mismos errores que yo con tu edad. Espero que esto te haga reflexionar y que luego te pongas a limpiar tu habitación sin rechistar. ¿Estamos?

Cheese Moon